



El taller del orfebre. Textos y comentarios

José Ramón Díaz Olguín
Centro de Investigación Social Avanzada

Estimada G:

I

Hace un par de semanas me lanzaste el “reto” para compartirte algún texto literario que fuera de mi interés. Normalmente hago caso omiso de este tipo de invitaciones, pues las considero expresiones de modas “triviales”, muy en boga por estos medios electrónicos. Pero después de la deferencia que tuviste conmigo para ir a conocerme hasta mi propio centro de trabajo —porque nunca nos habíamos visto y nadie había tenido la gentileza de presentarnos, a pesar de que uno ya había escuchado algo sobre el otro—, no puedo desaprovechar esta oportunidad para la correspondencia.

He tardado en responderte por falta de tiempo, pues el trabajo me absorbe bastante y la tesis doctoral no me deja mucho respiro. Esta semana, además, mi salud ha estado un poco quebrantada y me encuentro con ganas de hacer más bien nada. Pero también me he demorado porque estaba indeciso sobre qué texto literario podría compartir contigo. ¡He leído tantas cosas muy bellas que no podía decantarme por una sin parecer indolente o superficial! Además, ¿a qué género debía darle la preferencia? He leído muy buenas novelas, pero desde siempre me ha gustado la poesía. Sin embargo, el teatro a veces me ha parecido mucho más profundo. ¿Y si me inclino más bien por una biografía interesante o por un sugestivo epistolario?

Mas, aunque pudiera resolver todas estas cuestiones iniciales, ¿a qué tipo de hombre tendría que darle la palabra sin parecer excluyente o ideológico? Yo soy cristiano católico, pero en mi biblioteca abundan los literatos paganos, ateos, agnósticos e incluso anarquistas. Entre los católicos, además, tengo un pequeño espacio para los “disidentes”, los que no se ajustan a la integridad de un “magisterio”, que han sido excomulgados o por lo menos aparatados de sus funciones a causa de sus ideas.

II

Finalmente me he decidido por una obra que me gusta mucho, a la que llegué no por las referencias históricas del personaje —¡imagína-

te!, trabajó de “Papa” durante veintisiete años— sino por mi afición por la poesía y mi devoción por el teatro. En ella se aborda uno de los profundos dramas de la vida humana que siempre está en peligro de convertirse en “tragedia”. Me refiero a la obra teatral *El taller del Orfebre*, de Karol Wojtyła.*

Es una obra “simple”, pero muy profunda, desarrollada con gran agudeza psicológica, pero escrita con enorme sensibilidad poética. En ella se cuenta la “historia” de tres parejas (Teresa y Andrés; Ana y Esteban; Mónica y Cristóbal) pero desde un único punto de vista: el amor, que los lleva a unir sus vidas. Cada una es “capturada” en un momento específico de sus historias: cuando el amor nace entre ellos y los lleva a pertenecerse (Teresa y Andrés) ; cuando el amor naufraga y está a punto de irse a pique (Ana y Esteban); cuando se busca amar, pero se parte de historias tan distintas, muchas veces dolorosas (Mónica y Cristóbal).

Escogí cinco fragmentos de la primera parte, donde se aborda el aspecto más positivo del amor, pero también se presenta su dimensión más profunda. Voy a presentártelos en el siguiente orden: en primer lugar, cómo surge el amor en la existencia del hombre (monólogo de Andrés); cómo se afianza el amor en la existencia del hombre (monólogo de Teresa); qué misterio implica el amor en la existencia del hombre (monólogos de Teresa y de Andrés); desde qué dimensión de la existencia hay que mirar el amor del hombre (monólogo del Orfebre); qué sentimientos y pensamientos sugiere el amor en quienes acompañan al hombre (canto nupcial de los invitados).

En los próximos días iré publicando cada uno de los fragmentos, acompañados de un breve comentario. Esto último no es necesario, ni forma parte del “ejercicio” al cual me has invitado, pero quise hacerlo porque de otra manera no podrías enterarte por qué me gusta tanto esta pieza teatral. Con todo, no paso por alto que lo mejor será que algún día puedas leer entera la obra por ti misma.

¡Espero que todo sea de tu agrado!

José R.

* Wojtyła, K., *El taller del Orfebre*, Madrid: Bac 1997.

EL TALLER DEL ORFEBRE*

—Fragmento 1—

Karol Wojtyła

Andrés:

Llegué hasta Teresa por un camino largo,
no la descubrí en seguida.
No recuerdo siquiera si nuestro primer encuentro
estuvo acompañado de algún presentimiento o algo parecido.
Ni tan sólo sé que significa “amor a primera vista”.
Después de un cierto tiempo noté
que ella se encontraba en el ámbito de mi atención,
es decir, que debía interesarme por ella,
y que aceptaba con gusto la idea de tener que hacerlo.
Sin duda habría podido no actuar tal como sentía,
pero comprendí que esto hubiera carecido de sentido.
Era evidente que en Teresa había algo
que sintonizaba con mi personalidad.

En aquella época pensaba mucho en mi “alter ego”.
Teresa era todo un mundo,
tan distante como cualquier otro hombre,
como cualquier otra mujer.
Sin embargo, algo permitía pensar en tender un puente.

Dejé que esta idea permaneciera en mí
e incluso que se desarrollara.

* Wojtyła, K., *El taller del orfebre. Meditación sobre el sacramento del matrimonio, expresada a veces en forma de drama*, traducción de Anna Rodon Klemensiewicz, Madrid: BAC, 1987³, pp. 5-8.

No era ésta una concesión involuntaria.
No me rendía sólo a la impresión y a la magia de los sentidos,
pues sabía que entonces jamás saldría de mi propio “yo”,
y no llegaría hasta la otra persona;
pero en esto consistía el esfuerzo,
pues mis sentidos se alimentaban, a cada paso,
del encanto de las mujeres que se cruzaban conmigo.
En varias ocasiones traté de seguirlas,
y me encontré con islas deshabitadas.
Pensé entonces que la belleza accesible a los sentidos
puede convertirse en un don difícil y peligroso:
sé de personas que por su causa dañan a otras.
Así, lentamente, aprendí a valorar la belleza accesible al espíritu,
es decir, la verdad.

Decidí, por tanto, buscar una mujer
que fuera realmente mi “alter ego”
y que el puente tendido entre los dos
no fuera frágil pasarela entre nenúfares y cañas.

Encontré varias chicas
que se apoderaron de mi imaginación
y también de mi pensamiento.
Pero he aquí que en el preciso instante
en que parecía estar más interesado por ellas
me daba cuenta, de pronto, que Teresa
seguía presente en mi conciencia y en mi recuerdo
y que instintivamente las comparaba a todas con ella.

A pesar de todo, casi deseaba que la alejaran de mi conciencia,
y hasta cierto punto contaba con ello.
Y estaba dispuesto incluso a dejarme llevar por la impresión,
por la sensación insistente y fuerte.

Quería considerar el amor como una pasión
y como un sentimiento
que prevalece sobre todo lo demás.
Creía en lo absoluto del sentimiento.
Por eso no llegaba a comprender
en qué se apoyaba aquella extraña pervivencia

de Teresa dentro de mí,
por qué seguía presente en mí,
qué le aseguraba un lugar en mi “yo”,
y creaba a su alrededor
aquella especie de extraña resonancia,
aquel “deberías”.
De modo que procuraba rehuirla,
evitaba adrede todo aquello que pudiera dar pie
a la más leve conjetura.
Llegaba incluso a ensañarme con ella en mis pensamientos
y al mismo tiempo me sentía acosado por ella.
Me parecía como si me persiguiera con su amor,
del que yo debía apartarme con firmeza.
Con todo ello, mi interés por Teresa iba en aumento,
y en cierto modo el amor se alimentaba
de esa misma contradicción.
El amor puede ser también como un choque
en el que dos seres adquieren plena conciencia
de que deben pertenecerse,
aunque falten aún el estado de ánimo y los sentimientos.
Es uno de esos procesos del universo
que producen la síntesis:
unen lo que está separado
y amplían y enriquecen lo que es angosto y limitado.

El Taller del Orfebre

—Comentario al primer texto—

Ramón Díaz
Facultad de Filosofía
UPAEP

I

¿Cómo nace el amor en los hombres? Contrario a lo que todo el mundo piensa, no surge a partir de un acto de la voluntad, sino de una emoción experimentada en lo más profundo de corazón por algo grande que se ha entrevisto en el horizonte de la realidad: un “tú”, otro que es como “yo” y que, sin embargo, es distinto a “mí”.

Es posible que este “tú” haya estado allí, junto a mí, durante mucho tiempo. Pero es un hecho que, las más de las veces, no haya notado su existencia o, mejor dicho, el “destino” que implica para mí su existencia, la puerta que su mismo ser abre a mi propio cumplimiento. Un día, sin embargo, compruebo con sorpresa que experimento su presencia no fuera de mí, sino en mis adentros. Esto ocurre como un sentimiento persistente, pero también como una idea reiterada. Se trata de una experiencia fascinante, pero igualmente aterradora, porque el otro parece apoderarse de mí, amenaza con desplazarme de mi propio centro. Por eso mi comportamiento para con él, una vez que tomo consciencia de este hecho, es contradictorio: por un lado, busco aproximarme a él, tender un puente entre su existencia y la mía; por el otro, busco a toda costa apartar de mi existencia la suya. ¿Es posible lograrlo? ¿Pero tiene sentido hacerlo?

II

Los sentimientos son un buen indicio de la presencia del otro; pero encierran también grandes peligros: cuando son guiados tan sólo por el empuje de las impresiones sensibles, del atractivo que suscita sobre mí su presencia inmediata, su belleza estética, su atractivo sensual; pero, sobre todo, cuando sucumbo a la fuerza que encierran ellos mismos en la intimidad de mi vida, al poderío impetuoso de su reverberación psicológica, esto es, a su “pasión”.

Esto no significa que no deban tomar en cuenta mis sentimientos, sino que necesito examinarlos siempre a la luz de la verdad. ¿Cuál verdad? La de mi propia humanidad, que es más grande que mis impulsos biológicos, que mis estados psicológicos. Después de todo, el amor no es una necesidad de perpetuar mi especie (aunque la implica), ni una pretensión de recibir ternura (aunque la exige); es, antes bien, una “síntesis” donde dos existencias se funden en una sola, un “choque” donde cobro consciencia de lo que se llama pertenencia.

El Taller del Orfebre*

— Fragmento 2 —

Karol Wojtyła

Teresa

Andrés me ha elegido y ha pedido mi mano.
Ha ocurrido hoy, entre las cinco y las seis de la tarde.
No recuerdo exactamente,
no tuve tiempo de consultar el reloj
ni ver la hora en la torre del viejo ayuntamiento.
En momentos así no se comprueba la hora,
momentos así surgen en el hombre
más allá del tiempo.
Pero incluso si me hubiera acordado
de que tenía que mirar el reloj del ayuntamiento
no hubiera podido hacerlo,
pues hubiera tenido que mirar
por encima de la cabeza de Andrés.

Caminábamos precisamente por el lado derecho de la plaza,
cuando Andrés se volvió hacia mí y dijo:
“¿Quieres ser la compañera de mi vida?”
Lo dijo así.
No dijo: “Quieres ser mi mujer”,
sino: “La compañera de mi vida”.
Lo que iba a decirme era, pues, premeditado.

* Fuente: **Wojtyła, Karol**, *El taller del orfebre. Meditación sobre el sacramento del matrimonio, expresada a veces en forma de drama*, BAC, Madrid, 1987³; pp. 3-4. Traducción castellana de Anna Rodon Klemensiewicz.

Y lo dijo mirando hacia delante,
como si temiera leer en mis ojos,
y al mismo tiempo como si quisiera indicar
que frente a nosotros hay un camino,
cuyo fin no podemos ver;
hay un camino —o por lo menos, puede haberlo—
si yo a su petición contesto “sí”.

Respondí “sí”, pero no en seguida,
sólo al cabo de unos minutos,
a pesar de que a lo largo de aquellos minutos
ni pudo haber reflexión alguna,
ni pudo existir lucha de impulsos encontrados.
La respuesta estaba casi decidida.
Sabíamos los dos que se remontaba
a todo nuestro pasado,
y se proyectaba lejos en el futuro,
que se hundía en nuestro ser
como la lanzadera del tejedor
para aprehender el hilo preciso
que determina el modelo del tejido.

Recuerdo que Andrés tardó en volverse hacia mí
y pasó largo rato con la mirada fija hacia delante
como si escrutara el camino que se abría ante nosotros.

El Taller del Orfebre

—Comentario al segundo texto—

Ramón Díaz
Facultad de Filosofía
UPAEP

I

Muchos son los sentimientos que hay en el hombre; los que mejor lo caracterizan desde el punto de vista “humano” son semejantes a una candela: mientras despiden una luz que iluminan todo cuanto hay alrededor, irradian un calor que cambia la temperatura de todas las cosas. Una candela es algo único; no puede ser sustituida por otra cosa: hay linternas muy luminosas, que no dan calor alguno; hay calefactores muy intensos, pero no logran iluminar nada. Mas no siempre es fácil encender una candela, sobre todo cuando las circunstancias en las que se encuentra son adversas. El chispazo con el cual inicia su fuego, por eso, tiene algo de casualidad y de milagro. Sin embargo, una vez encendida no es bueno dejarla a la ventura: es necesario hacer muchas cosas para evitar que se extinga o dejar que simplemente se consuma. Por eso, se alimenta su fuego de tanto en tanto o se protege para que el viento no la apague.

II

Entre los sentimientos más “humanos” del hombre se encuentran la admiración, el entusiasmo, la alegría pero, sobre todo, el amor. Quien “ama” ve el mundo con otros ojos e incluso puede decirse que quizá lo ve por primera vez; quien “ama”, además, propicia un clima benévolo en su entorno: afirma, promueve, sana los seres que lo rodean, sobre todo si son personas.

El amor es determinante en la vida del hombre; es imposible comprender su naturaleza sin considerar este fenómeno único de la experiencia. Los hombres están hechos, ante todo, para amar y ser amados. Sin el amor, los hombres somos seres carentes de sentido y sin propósito. Que la llama del amor se encienda en el hombre es algo excepcional incluso para el mundo; pero que en el hombre se encienda la llama del amor es algo extraordinario incluso para él mismo.

III

A pesar de sus virtudes, el amor no puede mantenerse por sí solo en el corazón del hombre. No obstante sus beneficios, el amor no se basta a sí mismo para subsistir en su vida. Si bien es cierto que el amor se enciende en el corazón del hombre cuando otro hombre toca misteriosamente a las puertas de su existencia, no pasa de ser un simple sentimiento frágil y voluble sin la contribución de otras dimensiones del hombre; por ejemplo, la del entendimiento pero, sobre todo, la de la voluntad.

Aunque en sentido estricto el hombre no “decide” amar a otra persona con su voluntad, sí puede decidir con su voluntad “entregarse” y “pertenecer” a aquella persona que primeramente ha encendido el amor en su corazón. El amor es esa flama que arde en el hombre por virtud de la otra persona, continuamente responde con él a su presencia; pero que el hombre busque a esta persona, la frecuente, esté con ella, la ayude, le ofrezca dones, es algo que puede suceder tan sólo con la ayuda de la voluntad. De esta manera se mantiene el amor y de alguna manera se evita que perezca.

IV

A través de la voluntad, el amor no deja de ser sentimiento, pero se transforma ahora en “elección”. Con ella, el mismo amor pasa de ser mero calor y simple luz a convertirse también en un “destino” para el hombre.

Una peculiaridad de la “elección” amorosa es que ella está dada en el tiempo, pero rebasa con muchos los límites del tiempo. O mejor dicho, supera las barreras del tiempo presente –la inmediatez del instante– para abarcar a su vez, tanto el pasado, que ya no existe, como el futuro, que aún no existe. Cuando un hombre elige a la persona que ama en el hoy en que ello ocurre, sintetiza, da forma y unidad a toda una infinidad de instantes vividos con ella; todos se vuelven su “pasado” o, mejor todavía, su “historia”; y los infinitos instantes que se sucederán tras la elección de la persona amada no serán tan sólo un futuro incierto, sino propiamente “porvenir”.

Con todo, la “elección” amorosa implica un gran riesgo: plantea a los dos amantes un camino a recorrer juntos a través del tiempo, pero este camino no existe si uno no propone y el otro no responde; si uno, en lugar de decir “quieres”, se queda sumido en sus vacilaciones

interiores; si el otro, en vez de afirmar “quiero”, se queda pensando en sus posibilidades propias. Para hacer esta “elección” el impulso proviene, por un lado, del amor que se tienen ambos, de la autenticidad de su amor (¡por eso son “amantes”!); pero, por el otro lado, de la forma como se conciben a sí mismos juntos: “compañeros” y no simplemente, “mi mujer”, “mi marido”, mi “pareja”. De la “elección” amorosa, pues, depende todo cuanto es decisivo para el hombre.

El Taller del Orfebre*

— Fragmento 3 —

Karol Wojtyła

Andrés

Encontré a Teresa
cuando se hallaba parada
frente a un amplio escaparate,
lleno de zapatos de mujer.
Me paré junto a ella, en silencio e inesperadamente.
Y de pronto nos hallamos juntos
a ambos lados de la gran luna transparente
bañada a chorros de luces deslumbrantes.
Vimos nuestras imágenes juntas,
pues el escaparate,
cerrado por detrás por un espejo grande, enorme,
reflejaba al mismo tiempo las hileras de zapatos
y las personas que pasan por la acera
pero, sobre todo,
las que se detienen para mirarse a sí mismas o a los zapatos.
Cuando de pronto nos encontramos
a ambos lados del enorme espejo
—aquí, vivos y reales; allá reflejados—
yo, no sé por qué,
quizá para completar el cuadro
o más bien por un simple impulso del corazón,
pregunté: “¿En qué estás pensando, Teresa?”
Y se lo dije casi en un susurro,
que es como hablan los enamorados.

* Fuente: Wojtyła, Karol, *El taller del orfebre. Meditación sobre el sacramento del matrimonio, expresada a veces en forma de drama*, BAC, Madrid, 1987³; pp. 15-19. Traducción castellana de Anna Rodon Klemensiewicz.

Teresa

Entonces ya no pensaba en los signos.
Y en realidad tampoco pensaba en Andrés.
Mis ojos buscaban zapatos de tacón alto.
Había allí zapatos de todas clases,
zapatos cómodos para andar y hacer deporte;
pero yo prefería mirar los zapatos de tacón alto.

Andrés es más alto que yo,
así que necesito aumentar un poco mi estatura.
Pensaba, por tanto, en Andrés,
en Andrés y en mí misma.
Ahora ya siempre pensaba en los dos,
y a él seguramente le ocurría lo mismo.
Se hubiera alegrado de haberlo sabido.

Iniciamos, entonces, una conversación
acerca de mil detalles relacionados con nuestra boda.
Yo le hablaba de aquella corbata suya que tanto me gusta,
y de aquel traje oscuro que le sienta tan bien.
Andrés lo escuchaba complacido,
no por vanidad,
sino porque quería gustarme
y deseaba complacerme en todo.

Luego juntos fuimos a mirar el escaparate
de la tienda del joyero.
En pequeñas cajitas
forradas por dentro de terciopelo
se hallaban expuestas diversas joyas.
Entre ellas se veían también las alianzas.
Estuvimos un rato mirándolas en silencio.
Luego, Andrés me cogió de la mano y dijo:
“¡Entremos, Teresa!
Vamos a escoger las alianzas”.

Andrés

Pero no entramos en seguida.
Nos detuvo de pronto el pensamiento
que surgió en el mismo instante
—lo sentíamos bien los dos—
en ella y en mí.
Las alianzas que estaban en el escaparate
nos hablaron con extraña fuerza.
Eran allí meros objetos de metal noble,
pero lo serían tan sólo hasta el momento
en que yo pusiera una de ellas en el dedo de Teresa
y ella la otra en el mío.

A partir de ese instante comenzarían a marcar nuestro destino.
Nos recordarían sin cesar el pasado,
como una lección que es preciso recordar siempre,
y nos irían abriendo un futuro continuamente nuevo,
uniendo el pasado con el futuro.
Al mismo tiempo y a cada instante,
nos unirán el uno al otro con un lazo invisible
como los dos últimos eslabones de una cadena.

No entramos en seguida en la tienda.
El símbolo habló.
Lo comprendimos a la vez.
Al mirar las alianzas una muda emoción nos invadió.

Nos quedamos quietos frente a la tienda.
Vacilábamos antes de entrar.
Sentí que Teresa apretaba con más fuerza mi brazo...
Y éste fue nuestro “ahora”:
El encuentro del pasado con el futuro.

Aquí estamos los dos,
nacemos de tantos extraños instantes
y de lo más profundo de tantos hechos,
en apariencia corrientes y sencillos.
Y he aquí que ahora estamos juntos.

Secretamente nos unimos
hasta formar uno solo
por obra de estas alianzas.

Alguien habló a nuestras espaldas,
casi en voz alta.

Alguien

Es la tienda del Orfebre.
¡Qué oficio tan peculiar!
crea objetos que pueden inducirnos
a reflexionar sobre el destino.

Así, por ejemplo, dora relojes que miden el tiempo
y le dicen al hombre que todo cambia,
que todo pasa.

El Taller del Orfebre

—Comentario al tercer texto—

Ramón Díaz
Facultad de Filosofía
UPAEP

I

Muchos son los pensamientos que pululan en el interior del hombre cuando ama a otra persona, sobre todo a raíz de haber puesto su voluntad en juego para afirmar el afecto que tiene en relación con ella a través de una “elección”. Algunos son sublimes y profundos; pero buena parte de éstos no pasan de ser triviales o, por lo menos, modestos y sencillos. Estos pensamientos se mueven en dos direcciones diferentes.

II

Un grupo significativo de pensamientos se mueve del interior del hombre hacia las cosas que hay en la vida.

Una mujer, por ejemplo, pensaría en adquirir unos zapatos que la hiciesen lucir “tan alta” como su prometido, que le permitiesen experimentar que se halla “a la misma altura” que éste. No pensaría en zapatos que le ayudasen con los cometidos de la vida —hacer deporte, ir al trabajo, salir a la calle— sino en zapatos que le permitiesen ver de qué manera es posible ir a la par que él en el camino de la vida.

Un varón, en cambio, pensaría en conseguirse un fino traje que le confiriera una “elegancia” acorde a la belleza de su prometida, que le diese tal “dignidad” para no contrastar en absoluto con el encanto de ésta. No pensaría en la vestimenta indispensable para ir al trabajo, recibir a la clientela o dar alguna conferencia, sino en la ropa que le permitiese entrever la grandeza de su compromiso con ella.

III

Otro grupo significativo de pensamientos es el que propician los objetos del mundo cuando salen al encuentro del hombre, penetran en su conciencia y tocan sus afectos. Son esos objetos que de alguna manera definen las experiencias de la vida y le otorgan “rostro” y “contenido”, las vuelven más “comprensibles” y “cercanas”.

El espejo de un escaparate, por ejemplo, tiene la función elemental de hacer más visibles los productos que están a la venta, de multiplicar sus formas indefinidamente o al menos aislarlos de su propio entorno. Pero también tiene la particularidad de reflejar las formas humanas y, desde la distancia que propicia esa objetivación óptica, facilita a cada hombre una comprensión distinta de sí mismo y también una valoración que, en algunos casos, llega a ser bastante crítica.

Puesto que el hombre vive encerrado en sí mismo por su propia naturaleza subjetiva no se “juzga” y, cuando lo hace, no puede hacerlo más que a partir de sus propias vivencias interiores, siempre parciales y sesgadas. Pero cuando se tiene delante de sí mismo por obra y arte de un espejo que lo reproduce puede apreciar otros aspectos de sí mismo que se escapan a su conciencia, que no pueden ocultarse detrás de sus vivencias; de alguna manera se ve tal como “es” y no sólo como “supone” que es. A través del espejo, entonces, el hombre ve por primera vez –quizá– las dimensiones reales de sí mismo, su “rostro” y su “estatura”.

IV

El oficio de un orfebre es muy particular, pues no sólo fragua objetos que sobresalen por su complejidad o se destacan por su encanto y su belleza; también es capaz de crear objetos que inducen a los hombres a pensar sobre el destino, a ponerse delante –con toda honestidad– de su “misterio”.

Entre estos objetos están los relojes. Su función básica es medir el paso del tiempo; fragmenta el paso del día a la noche y de la noche al día en horas, minutos y segundos. Pero, mientras hacen esto de manera regular y mecánica, a un paso que no tiene interrupciones, al hombre le enseñan que la vida no se detiene, que sigue hacia delante, que ya no regresa, que de alguna manera escapa entre las manos. Las horas regresan cada cierto intervalo de tiempo, pero la vida que

transcurre a través del tiempo no vuelve a ser nunca la misma; ella cambia y se transforma a cada minuto, con cada segundo.

A estos objetos pertenecen también los anillos. Dentro de las cajitas de terciopelo donde se encuentran son únicamente pequeñas piezas de metal noble, que no se distinguen en nada de otras creaciones del mismo material (como los aretes o los collares o las pulseras). Pero también tienen la capacidad de recordar al hombre la autenticidad de su amor y la absolutez de sus decisiones.

Los hombres surgen de muchos instantes; la mayor parte “corrientes y sencillos”. Pero, a partir de la “elección” propiciada por un afecto mutuo, surgen del profundo compromiso fundado en una “alianza”, cuya naturaleza está resumida en la palabra “fidelidad”. El amor no culmina en un contrato, en una permuta, en un convenio, sino en el “pacto” mediante el cual dos hombres deciden pertenecerse por encima de los hechos que los rodean y las emociones que experimentan. Que esto sea posible se debe a que los anillos les recuerdan el pasado desde el cual ambos han surgido (su historia), pero también les hacen entrever el futuro que les aguarda juntos (su porvenir), siempre y cuando se mantengan inamovibles –“fieles”– uno al lado del otro (presente).